



AIRES LIBRES



EL FINAL DE UNA RONDALLA

CARIDAD



I

IBAN á celebrar las monjitas la fiesta de la Virgen, y á pesar de su santa humildad y de su cristiana resignación, desesperábanse ante aquellas andas roídas de carcoma, y ante aquel manto destruído por las irreverentes polillas... ¿Cómo confiar el peso de la sagrada imagen, á unos tabloncillos llenos de agujeritos, por los que salía el serrín en que estaba convertida la madera interiormente? Exponíanse á que se quebrasen durante la procesión, dando el desagradable espectáculo de ver rodar por el suelo la imagen divina de la madre del Redentor... Y del manto que no se dijera, aquello era horrible, tristísimo... Bueno que en la sombra del altar, llevase la virgencita tan despreciable harapo; pero á la luz del sol y de los faroles de las andas, entre nubes de incienso y esplendores de místicas galas y lujos profanos de los devotos, había de parecer muy mal, muy pobre... ¡Digo! y con el lujo que gastaban las discípulas de aquellas bondadosas madres! Nada, nada; era preciso tomar una determinación; pero pronto, muy pronto, so pena de morir avergonzadas, ante el triste aspecto de las andas corcomidas y el manto apollado.

Las monjitas *estaban muy pobres*, ya se sabe que siempre lo están, puesto que siempre viven de limosna... Ellas nada podían hacer, ¡nada! ¡Pobrecitas! Si ellas pudiesen... A bien que allí estaban las discípulas, aquellas encantadoras discípulas con cara de ángel y corazón lleno de fe... Las niñas, sacarían del apuro á las cariñosas madres... Y así fué... Se habló á Caridad, la discípula más antigua y más rica del colegio, la mayor, la más buena, la más despavilada, la que ya no veía en las madres maestras severas, sino amigas cariñosas, la que ya les besaba el escapulario, mirándolas á los ojos con una sonrisa algo profana en los labios... Caridad resolvió el asunto. Dijo que ella se encargaba de todo, y las monjitas se tranquilizaron.

II

A la voz casi de mando de Caridad, todas las pensionistas se agruparon en torno suyo, en medio del patio. Ella les soltó la siguiente perorata, con gravedad deliciosa:

— Amigas mías: habéis de saber que la fiesta de la Virgen se acerca, que ha de verificarse la procesión, que aquel día se ha de echar la casa por la ventana, que vendrá el padre Celestino á confesarnos... y á repartir estampitas y consejos, sabios como suyos... Pues bien, ahora resulta que las andas de la Virgen están viejas y que no pueden con el peso de la imagen... ¡Ah! y el manto también está viejo y tiene más agujeros que la rejilla del confesonario.

Silencio sepulcral en las filas... Una pequeñuela de ocho años, se hurgaba las narices con furor, poniendo una cara tristísima, por las revelaciones fatales de Caridad. Esta, prosiguió diciendo:

— Hay que comprar unas andas y hacer un manto riquísimo, digno de la Virgen ¿comprendéis?

— Sí, sí; — exclamaron algunas.

— Y las andas y el manto, debemos comprarlos nosotras ¿estáis? por que las monjitas no pueden, están muy pobres.

— Porque todo se lo gastan en comer, — advirtió una glotona. — En cambio, á nosotras no nos hará daño la merluza.

— Si no tuviera espinas, te la darían... Ellas saben quitarlas y vosotras no... Además, eso no viene al caso.

— ¡Claro! como eres la preferida y te dan siempre comida de enferma, ó sea comida de las madres...

— ¡Silencio!

Todas cuchichearon... Los planes de Caridad, estuvieron á punto de fracasar... La mocosuela, seguía con tesón su entretenimiento, cada vez más grave y más triste... ¡No tener andas ni manto la Virgencita! ¡Aquello era horrible!

— Pues, sí, señor; — exclamó Caridad, con arranque hijo del entusiasmo por su causa. — Hay que comprar las andas y el manto, cuesten lo que cuesten... ¿Que no tenemos dinero? Nuestros papás y nuestros parientes, lo tienen; ellos nos lo darán... ¡Ya veréis, ya veréis qué fiesta!... ¡Qué orgullosas iremos todas con nuestro traje de paseo, con nuestro cirio adornado, con nuestras andas doradas, con nuestra Virgen llena de flores, de oro, de brillantes, de luces y de incienso! Y detrás de nosotras la Virgen, y detrás de la Virgen el gordiflón padre Celestino, con otros sacerdotes que vendrán á la fiesta, y detrás de ellos las madres, con el pendón que hicimos el año pasado, y todos juntos cantando á la Virgen, bendiciendo á la Virgen, adorando á la Virgen. ¿Eh? ¿Qué os parece?

— ¡Muy bien, muy bien! — exclamaron todas, palmoteando de alegría y de entusiasmo.

— Yo llevaré dos cirios — dijo con voz gangosa la mocosuela, sin cesar en su indigna ocupación.

— ¡Justo! — le repuso otra chica. — Uno para hacer luz, y otro para hurgarte las narices... ¡Cállate puerca, ó te acuso.

Esta amenaza, hizo desaparecer de allí á la rapazuela.

Caridad, radiante de júbilo, con el rostro iluminado por la sonrisa del vencedor, expuso por completo su plan... Al día siguiente, se cerraban las clases; irían á sus casas para volver y celebrar la fiesta... Luego ¡á vernear!... Desde el día siguiente, pues, era preciso que se dedicaran á recoger dinero para las andas y el manto... Primero, á los papás con el sablazo;

luego á los parientes más rumbosos y á los amigos de confianza; pero todas en comisión... ¡Todas!... No podía ser; eran cien y pico... Se nombraría una junta. — «Yo presidenta» — dijo Caridad... Ninguna se opuso... Cinco vocales y basta... ¿Tesorera? Caridad... Para encargar las andas, se comisionaría al papá de una de ellas, escultor de gran fama... Ya verían, ya verían todos si aquel infantil congreso, sabía responder á las necesidades de la Virgen del colegio... Las pobres monjitas, quedarían satisfechas de sus discípulas.

III

Todo se hizo con arreglo á los planes de Caridad... Las que tenían coche, lo pusieron á disposición de la junta, que utilizó uno distinto cada mañana... ¡Pobres de los distinguidos con la visita de aquellas encantadoras criaturas!... — «De aquí no salimos sin una limosna, — decían ellas sonriendo. — ¡Una limosita para nuestra Virgen!... ¡Dios se lo pagará á usted, don Fulano!» — Y el pobre don Fulano, tuviese ó no tuviese ganas, sonreía satisfecho, agradecía la distinción á las lindas mendicantes, todas talluditas ya, y soltaba un billete del Banco, nunca menor de cincuenta pesetas. — «¡Qué Dios se lo pague!» — repetían todas á coro. — Queda usted invitado á la fiesta... La procesión saldrá por los claustros... ¡Ya verá usted, ya verá usted!»

— ¡A casa de don Juan! — dijo Caridad al cochero, cuando bajaron de ver á don Fulano.

Hubo protestas... ¡Don Juan! ¡Valiente tacaño!... ¡Ire á él con peticiones para unas andas y un manto, era como tocarle la marcha real á una calabaza... No sacarían nada... Y después, ¿quién se atrevía á abordarle? Era un ogro... Aquellos bigotazos, aquella barba como un tojal, aquel entrecejo, aquella voz ronca y aquella entonación brusca, amedrentaban á todos... — «Yo no le pido nada.» — «Yo tampoco.» — «Nos dará diez céntimos, de fijo.» — Caridad, objetó que debían ir... ¡Daría diez céntimos? Bueno; cada uno da lo que puede ó lo que quiere... Comprartan hilo.

Llegaron á casa de don Juan... Realmente, el buen señor tenía cara de pocos amigos; sus ademanes eran bruscos, su bozarrón golpeaba los oídos y sus frases eran poco retóricas, aunque muy gráficas, ¡demasiado gráficas! No era rico; pero su paga de magistrado, le permitía vivir con holgura.

Caridad, se atrevió con él.

— ¡Una limosna, para comprar unas andas y un manto á la Virgencita del colegio, don Juan!

— ¿Para unas andas? — exclamó el caballero, tratando de sonreír cortésmente, ante aquellas seis adorables criaturas. — Pero, ¿qué falta le hacen las andas, á la Virgen de vuestro colegio?

— Las que tiene están viejas... El manto se apolló... Ya ve usted, ¡es caso de conciencia!

Don Juan, lo echó á broma.

— ¡Ya lo creo que es caso de conciencia! Y ¿cuánto os va á costar todo eso?

— Ya nos hemos enterado... Las andas cincuenta duros, y el manto resultará por unos cien.

— ¡Cáspita! Si que gastan los santos en vestir... Y ¿cuánto tenéis recogido?

— Ciento veinticinco duros, — contestó Caridad, soñando por un momento que, don Juan, le diera los veinticinco que faltaban para cubrir el valor de las andas y el manto.

— ¡Oh! ¡Pues entonces os falta muy poco, hijas mías!...

Y el respetable magistrado, sonriendo sin cesar, echó mano al bolsillo, sacó una peseta y se la entregó á Caridad, diciendo:

— Ahí va... No es mucho; pero, en fin, algo es algo.

Todas salieron de allí, con la peseta y... con una indignación infinita... ¡El tacaño, el grosero, el ogro, el tal, el cuall... ¡Jesús y cómo pusieron aquellos cinco ángeles de la junta, al gorrino señor! Caridad, sonreía y callaba... ¿Qué hacer? Menos mal que dió algo... El marqués á quién iban á ver, daría más... Lo menos, el pique que faltaba...

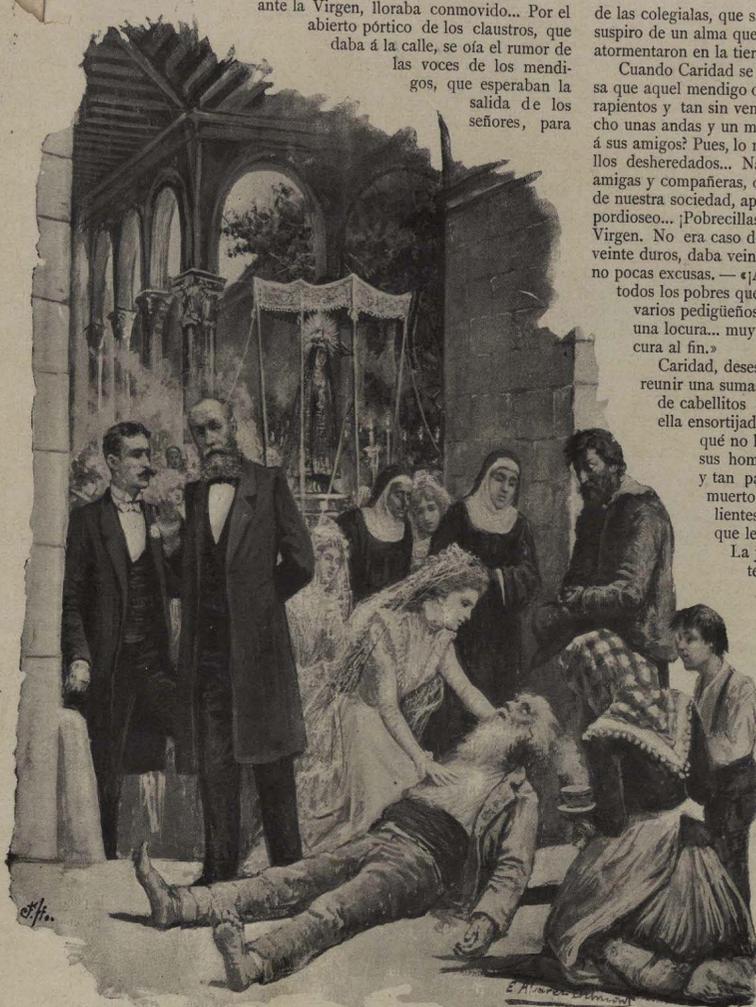
Fueron al viejo noble con la historia de la carcoma y las polillas; el anciano señor, estremeciéndose entre sonrisas y caricias á las pollitas, y soltó los consabidos duros... La suma necesaria, estaba completa... ¡Tres mil reales! Todas lloraron de contento... Pero, don Juan... ¡Oh! ¡No volverían ni á saludarle!... ¡Tacaño! ¡Grosero!... ¡Si ya lo suponían ellas!...

IV

¡Qué hermosa estaba la Virgen sobre sus andas doradas y con su manto de oro! ¡Cómo sonreían las pobres monjitas, repartiendo caricias entre las educandas! y éstas, ¡qué placer, qué orgullo experimentaban! La Virgen tenía andas, tenía manto, flores, luces, incienso, música... El órgano de la capilla, entonaba suaves y prolongadas notas, como armonioso ungido de la fe, y las niñas, en correcta formación, iban desfilando por delante del altar, con sus adornados cirios y cantando bajo, muy bajo, como si suspirasen una tierna estrofa dedicada á la Virgen. Aquello era hermoso, conmovedor! «¡Virgen mía... Virgen mía! Tú, consuelo del mortal...» Hasta parecían más hermosas aquellas caritas, con los ojos brillantes por la emoción, los labios entreabiertos, como por anhelo de gloria eterna y el cuerpo erguido cual los cirios del altar.

A lo largo de los claustros, extendíase doble fila de invitados, en la que figuraba lo más selecto de la sociedad madrileña: banqueros, nobles, ministros, padres todos, en fin, de aquellas adorables criaturas... La emoción de los invitados, era profundísima... Un senador, al ver pasar á su nietecita, llevando en una bandeja flores que iba tirando por el suelo

ante la Virgen, lloraba conmovido... Por el abierto pórtico de los claustros, que daba á la calle, se oía el rumor de las voces de los mendigos, que esperaban la salida de los señores, para



de las colegialas, que salía de sus labios temblorosos, como prolongado suspiro de un alma que huye hacia lo eterno, libre de las miserias que le atormentaron en la tierra.

Cuando Caridad se repuso de la violenta emoción, y supo por la prensa que aquel mendigo dejaba esposa y dos hijos tan extenuados, tan harapientos y tan sin ventura como él, tuvo una idea feliz. ¿No habían hecho unas andas y un manto á la Virgen, pidiendo limosna á sus papás y á sus amigos? Pues, lo mismo podían hacer para vestir y alimentar á aquellos desheredados... Nada tan sencillo. ¡Manos á la obra! Reunió á sus amigas y compañeras, que á fuer de seres inocentes y poco conocedores de nuestra sociedad, aplaudieron la idea, y todas juntas comenzaron el pordiose... ¡Pobrecillas! ¡Qué desencanto!... Entonces no se trataba de la Virgen. No era caso de vanidad... ni cosa de ellas... El que había dado veinte duros, daba veinte reales; el que había dado cinco, una peseta... y no pocas excusas. — «¡Aviadas estaríais, si fuérais á recoger dinero, para todos los pobres que encontrarais en la calle!» — «Cada cual, ya tiene varios pedigüños, que vienen á molestarle» — «Pero, hijas, eso es una locura... muy hermosa... sí, señor, ¡muy hermosa! pero una lo cura al fin.»

Caridad, desesperábase al ver que su pordiose no alcanzaba á reunir una suma decente... ¡Qué desgracia!... Aquellos chiquitines de cabellitos de oro como los de la Virgencita, y como los de ella ensortijados, ¿no tenían derecho á cubrir sus carnes?... ¿Por qué no habían de sonreír como la imagen, al ver sobre sus hombros algo que les cubriese?... ¡Estaban tan tristes y tan pálidos!... No lloraban al oír hablar de su padre muerto. Con el rostro estirado y los pómulos muy salientes, fijaban sus apagados ojazos de cielo, en aquel que les hablaba...

La joven, se acordó de don Juan... Las amigas protestaron.

— No vamos, — dijeron; — nos dará cinco céntimos. ¿No ves que se trata de un mendigo?

— Pues, por eso quiero ir. Hasta cinco céntimos, les hacen falta á aquellos infelices... Si hubiéramos recogido tanto como la otra vez, no iría.

Subieron á casa del magistrado, que las recibió con su mal gesto de costumbre.

— Venimos... á molestarle — balbuceó Caridad.

— ¡Por Dios, hija mía! Eso no... ¡no tanto!

— Es que venimos... á pedirle á usted una limosna.

— Para la Virgencita, ¿eh? Pues, niñas, perdonad; pero yo tengo en casa otras vírgenes que vestir... Mis hijas.

— Se trata de una pobre viuda y unos rapacitos... El día de la fiesta, murió un mendigo en...

— ¡Ah! ¿Se trata de la familia de aquel desdichado? Lo lei en la prensa. ¡Murió de hambre!

— Sí, señor; se trata de su viuda y de sus hijos.

— Confieso... que no os esperaba para esto. Caridad, casi lloraba de emoción y de pena... El respetable magistrado, no la dejó proseguir.

— Bueno, bueno... Tomad... y hasta otra.

Y el ogro, el gran tacaño, el grosero, el gorrino, el tal y el cual, sacó de su gabela un billete de veinte duros, y se lo dió á Caridad, diciéndole con sincera pena:

— Es poco; pero ¡no puedo dar más!

La joven, le miró con tanto asombro como sus compañeras. Luego, sintió acudir las lágrimas á sus ojos, estrechó entre las suyas una mano del adusto caballero, y, llevándola á sus labios, balbuceó con la angustia de un sollozo de infinita alegría:

— ¡Que Dios se lo pague!

El magistrado, por toda respuesta, sonrió, diciendo á la vez que se encogía de hombros:

— ¡Bah!

Que era el modo de decir mucho... sin decir nada.

LUIS DE VAL

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Francisco Masriera.
 ¡Oh, la consigna! — Caricaturas de Fradera.
 PÁGINAS EN COLOR. — Avelina Carrera. (Retrato).
 Un golfo. — Cuadro de Luis Manero.
 Esclavitud dorada. — Cuadro de Enrique Serra.
 Esclavitud ilustrada. — Guerra de Africa: cuadro de M. Picolo, correspondiente á un artículo de E. Rodríguez Solís.
 PÁGINAS EN NEGRO: — Los humildes. Artículo de A. Riera.
 Conato de pesca. — Apunte del natural; por Dionisio Baixeras.
 Modernistas americanos. — Miguel E. Pardo. Artículo de Tomás Orts - Ramos.
 ¿Qué le diré? — Composición y dibujo de B. Gili Roig.
 Un abrazo. — Soneto de Salvador Rueda.
 Cantares; por Narciso Díaz Escovar.
 La labor eterna. — Poesía de E. Marquina.

Las fiestas de mi pueblo. — Costumbres aragonesas. — Artículo de Pedro Gascón de Gotor, ilustrado por Anselmo Gascón de Gotor.
 ¿Quién mató á Meco? — Cuento de Carlos Ossorio y Gallardo.
 Feria de ganado en Asturias. — Cuadro de Enrique Martínez Cubells.
 Madrid elegante; por Montecristo.
 Los dos galopines. — Cuento de Floridor, ilustrado por Eugenio Alvarez Dumont.
 Teatros; por A. B. Jorro.

MOSAICO.
 REGALO. — Balada india, de la ópera española, «Cristóbal Colón» original del maestro Antonio Llanos; letra de Carlos Cuenca.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, sucesores. — Litografía La Bielle.

DRAMA EGIPCIO



LLA, en vida de los Faraones, época que ni nuestros abuelos han llegado á conocer, ya existían pasiones bastardas, envidias y hasta celos mal reprimidos.

Si señores; y crean ustedes que, según los historiadores más amenos, los celos egipcios han sido los más terribles, dejándose muy atrás á los que suelen sentir los moros, incluso el de Venecia.

Pero entremos de lleno en el asunto, entremos en materia, entremos en el suntuoso palacio de Ramis; atravesando el severo pórtico y subiendo despacio la ancha escalera, de pintados mármoles.

¡Qué riqueza, qué maravillosas pinturas en las paredes, representando batallas, retratos de familia y bailes del género andaluz!

¡Qué gusto en todo, y qué disgusto sumía en profundas meditaciones al señor de Ramis, dueño de aquel portentoso artístico!

La cosa no era para menos.

Vedle allí, en el centro del salón, tomando chocolate, junto á un tiesto de claveles dobles y una perra chata.

Entre sopa y sopa, lanza un suspiro hondo que hace gruñir á la perra, y mecerse en sus tallos á las bellas flores.

De repente, arroja al suelo la servilleta, se oprime el vientre con las manos y suena un timbre.

Un negro, tan feo como la perra, descorre un tapiz y se queda esperando órdenes de su dueño y señor.



— ¡Salíó Ata? — pregunta, con voz ronca.

— Hace una hora que marchó con sus esclavas, — contesta el negro, sin perder el color.

— ¡Mientes! — grita Ramis, asustando á la perra y dándole un puntapié á la maceta de claveles.

— ¡Señor! — murmura el negro, temblando de pies á cabeza.

— ¡Mientes te digo!... Ata no ha salido, Ata se esconde y huye de mí, porque me teme;... ¡tiembale la esposa infiel!... tiembala tú, negro!

— Ya tiemblo señor...

— Condúceme á su guarida.

— No atino...

— ¡No! ¡Pues toma!

Y cogiendo una silla baja se la tira á las espinillas.

El pobre esclavo cae de bruces, y Ramis sale de la estancia, todo lleno de furor espantoso.

El negro ha mentido como un sastre.

Las esclavas no han salido de palacio; de lo cual se convence el atribulado señor, asomándose á una galería y viéndolas bailar en el patio un *chotis egipcio*.

Esto acababa de trastornarle la cabeza y la abundosa meleneta; mas, guiado por los propios celos, corre á lo largo de una estrecha galería.

De pronto, se para en seco, siente un frío especial en las pantorrillas, busca la causa, y ve á la perra olfateando, como si hubiera tomado rapé.

— ¡Oh, mi noble amiga! — le dice acariciándola. — Tú serás mi guía en esta ocasión. ¿Dónde está Ata, mi bella esposa? ¡Búscalala!

No ha terminado Ramis de pronunciar la última frase, cuando la perra da un



gruñido y, arrugando el entrecejo, se para junto á una puertecita de sándalo, incrustada con preciosos jeroglíficos de marfil y plata.

Ramis se aproxima, aplica una oreja á la puerta y se atonta.

Dentro hablan dos personas; un hombre y una mujer... y ésta ¡oh! esta es Ata; y él... ¡Quién sabe! ¡Un traidor, quizá un amigo desleal y falso!

Pero escuchemos con Ramis.

— ¡Oh, cuánto deseaba verte! — dice ella.

— Y yo á ti, Ata mía.

— Once años nada menos...

— Once siglos, me han parecido.

— Ya no nos separaremos nunca.

— ¡Nunca! ¿y tu esposo?

— Me ama demasiado, siente celos y he pensado curarle; tú me ayudarás.

— Cuenta conmigo;... pero ¡qué bella estás!

— Y tú ¡qué gentil!...

Ramis no puede contenerse por más tiempo, y dando una patada á la puerta, que salta en mil pedazos, se presenta en el camarín dorado, desgreñada la melena y pálido el semblante.

Ata, no se ata y permanece tranquila.

El galán tira al suelo la colilla del cigarro.

Pero el esposo, más furioso que nunca, da un puñetazo al intruso y lo mata completamente; enseguida da otro á la esposa y la deja medio muerta...

¡Infeliz, no era culpable!

— Te has portado muy mal, — le dice á Ramis, antes de morir. — Ese que yace en el suelo, es mi hermano que acaba de llegar de Cuenca; y tú... ¡bárbaro amigo mío! me lo matas y me matas...

— ¡Es cierto! — gritó Ramis, en el colmo de la desesperación.

— Sí; adiós, ya estoy muerta;... ¡dijame vivir en paz.

Ramis entonces repara en la perra, causa de aquel desastre; la coje de las patas y la abre en canal; se acerca á una ventana, la abre también y se arroja al patio, dando carcajadas locas...

Dos gritos de muerte se oyen á la vez.



¡Pobre negro!

Al caer su señor, lo ha cogido debajo, y han fallecido juntos.

Esto lo contaba días pasados un modernista, como asunto para un drama que piensa estrenar... la noche menos pensada.

JOAQUÍN ARQUES

ANDREA AVELINA CARRERA

EN la noche del 21 de Noviembre de 1880 representó en nuestro Gran Teatro la famosa ópera *Lohengrin*, para *début* de una nueva cantante, de una cantante barcelonesa, la misma cuyo nombre encabeza estas líneas; quien bajo los auspicios de su maestro, el eminente Goula, decidíase por fin á arrostrar el temido fallo del público filarmónico.

Como era natural, tratándose de una compatriota, reflejábanse en la selecta y numerosa concurrencia grande ansiedad que trocóse pronto en indecible satisfacción.

Presentóse en escena Avelina, que á la sazón contaba dieciocho años, siendo saludada su aparición con espontáneos y ruidosos aplausos. La mujer había sido juzgada; tenía en su abono una valiosísima cualidad: la hermosura. Llenó su voz los ámbitos de la sala, y la manifestación de agrado convirtióse en calurosa y entusiasta ovación. El pueblo barcelonés, músico por excelencia, concedía desde luego á la *debutante* un diploma de verdadera artista.

Así, en el Gran Liceo, tan codiciado y temido por los cantantes, recibió su bautismo artístico la diva catalana: como en la pila bautismal el agua bendita cae sobre la cabeza del nuevo cristiano, sobre la frente de Avelina cayeron aquella noche las lágrimas de sus padres.

Su primer triunfo fué, pues, para Barcelona, su país natal. No podía ser otra cosa: los pájaros cantan por primera vez en el nido donde nacen. Consagrada desde aquel momento á la vida del arte, recorrió con igual fortuna los principales escenarios de España y del extranjero: Valencia, Sevilla, Madrid, Lisboa, Nápoles, Milán, Palermo, Trieste y Moscou, han hecho justicia en distintas y repetidas temporadas á su sobresaliente mérito.

En todas partes el público la ha clamado de palmas y laureles; pero, con ser tan halagadores y legítimos, no han conseguido desvirtuar su natural modestia: en ninguna de las flores que han servido de alfombra á sus pies ha aspirado el aroma mal sano de la vanidad, y conserva la frescura de su corazón, como el timbre de su voz y la serena mirada de sus ojos.

Cuando canta, enamora y cautiva; su voz armoniosa y pura no tiene rozamiento alguno, emitiéndola con deliciosa facilidad; las frases de amor salen de sus labios con los matices justos de la pasión; y posee, para expresar las diversas luchas del alma, el dramático acento que conmueve y arrebató.

Por todas estas condiciones, que rara vez se encuentran reunidas, Avelina Carrera está llamada á un gran porvenir; figura en el reducido número de los seres privilegiados que Dios envía al mundo, de tiempo en tiempo, para honra y gloria del suelo en que han nacido.

Cabe en lo posible que, no conociéndola, se tache de exagerado este juicio, achacándose á provinciano apasionamiento buena parte de nuestro

entusiasmo. Conste, por si así sucediera, que las laudatorias apreciaciones y encomiásticas frases aquí estampadas, no son nuestras, aunque las prohijamos, sino tomadas de la importante revista madrileña *Pro Patria*; la cual reflejó, en un hermoso artículo, dedicado á nuestra encantadora amiga y paisana, el alto aprecio en que, como mujer y como artista, la tienen en la Corte.

No menos la distingue y admira el ALBUM SALÓN, constante apologista del mérito; consagrándola, para testimoniarlo, una página de preferencia.



Fot. Espingas